

resignarse á estar, como antiguo teniente general del rey de Suecia, á las órdenes de su hermano menor, y deseando obtener una jefatura independiente, había concebido un plan de campaña bastante distinto del de Bernardo, en cuya ejecución debía corresponderle el papel principal: para hacerle obedecer, fueron precisas las enérgicas amonestaciones de Oxenstierna.

Cuando en marzo Horn, á quien Aldringer tenía en grave aprieto en Baviera, demandó auxilio á Bernardo, resolvió este comenzar la realización de su plan, y encaminándose por Nuremberga hácia Ansbach, quiso, despues de haber llegado al rio Rezat, proseguir su marcha por el valle del Altmuhl. Allí, sin embargo, le salió al encuentro el valiente general de caballería bávaro, Juan de Werth, que de simple soldado había alcanzado tan elevada posición militar y que era uno de los héroes mas populares de Baviera; pero Bernardo le derrotó en varios combates librados en Altenried y Ohrban, consiguiendo de esta suerte tener libre el camino que debía conducirle al Danubio. El día 8 de abril uniós con el feldmariscal Horn entre Augsburgo y Donauworth: Baviera volvió, pues, á encontrarse en el mismo peligro gravísimo que un año antes, y Maximiliano no dejó de implorar con urgencia la ayuda de Wallenstein.

Pero este creyó que no podía arrostrar la responsabilidad de acudir con todo su ejército en auxilio del comprometido príncipe bávaro y de abandonar, por consiguiente, á los sajones los territorios hereditarios imperiales de Silesia y de Bohemia. En su opinion, podía evitarse en el Sudoeste todo peligro sério de una invasion de los suecos en Austria mediante una hábil defensiva del cuerpo de ejército que mandaba Aldringer y que él había reforzado enviándole repetidas veces tropas de socorro. Además Wallenstein no creía que Bernardo y Horn intentaran invadir el suelo austriaco, ni admitió como probable que aquellos caudillos hicieran especialmente á Baviera teatro de formales empresas guerreras, antes bien estaba firmemente convencido de que Bernardo avanzaría, como en efecto se había propuesto hacerlo durante la primavera, contra Bohemia, probablemente de acuerdo y simultáneamente con los sajones. En su consecuencia permaneció en Bohemia hasta mayo para en el momento decisivo arrojarle sobre uno ú otro adversario, ya viniese por el Este, ya por el Oeste. Para adoptar tal resolución influyó mucho en su ánimo la circunstancia de que desde el mes de marzo los comisarios imperiales habían entablado con los sajones negociaciones de paz cuyo curso y cuyo resultado quería esperar, pues si terminaban favorablemente, podría entonces él dirigirse con todas sus fuerzas hácia el Oeste, es decir, hácia el Imperio propiamente dicho, é imprimir á la guerra de allí un sesgo decisivo. Siguiendo el antiguo principio, que siempre le había servido de norma, de que las negociaciones de paz y las operaciones de guerra debían ayudarse mutuamente, resolvió en definitiva hacer sentir el peso principal de la lucha al enemigo á quien mas le interesaba atraerse, es decir, á los sajones, y obró por consiguiente muy lógicamente queriendo que la guerra en «el Imperio» se hiciera por de pronto sin grandes combates y solo á la defensiva y ordenando, conforme á ello, á Aldringer que se retirara á Ingolstadt y cuidara desde allí de mantenerse en comunicacion constante con el grueso del ejército. No era esto lo que deseaba Maximiliano, el cual quería que Aldringer defendiera ante todo su territorio bávaro, y por ello se resolvió á dar un paso que, dado el modo de ser de Wallenstein, fácilmente podía producir entre ambos un grave conflicto, y fué que ordenó á Aldringer que se dirigiera hácia el Iser y hácia Munich pretextando que Wallenstein había declarado serle indiferente que se retirara á aquella ciudad ó á

Ingolstadt. Aldringer obedeció la órden, uniós en Aichach con Juan de Werth y se encaminó á Munich al mismo tiempo que Bernardo y Horn pasaban el Lech por Augsburgo el día 9 de abril.

Esta operacion hubiera podido ser muy funesta para Ingolstadt y para Ratisbona, ciudad sobre la cual tenía fija su atención Bernardo, así como para las comunicaciones de Aldringer con el grueso del ejército bohemio, si en aquellos precisos momentos no hubiera estallado en el ejército de Bernardo y de Horn una sedicion entre los coroneles alemanes á quienes no se pagaba con regularidad, sedicion que alcanzó muy pronto peligrosas proporciones y que impidió á aquellos dos caudillos realizar la vastísima empresa proyectada. Aquel inesperado acontecimiento obligó primero á Horn y despues á Bernardo á separarse del ejército y á acudir á Oxenstierna para conseguir de este que satisficiera, cuando menos en parte, las reclamaciones de pagas que aquellos oficiales habían consignado en un largo documento dirigido al canciller. El ejército sueco de Baviera viós, pues, obligado á permanecer por de pronto inactivo, las operaciones militares se paralizaron y Aldringer pudo sostenerse.

Las negociaciones á que aquella reclamacion de pagas dió lugar fueron sumamente lentas, pues los Estados de la liga de Heilbronn que acababa de fundarse estaban poco dispuestos y probablemente no se encontraban en estado de aprontar las cuantiosas sumas que para satisfacer á los reclamantes se necesitaban, ya que á muchos de los coroneles hacia casi un año que nada se les pagaba. A duras penas pudo conseguirse que se satisficiera por lo menos una mensualidad; respecto al resto, Oxenstierna apeló, en medio de su apuro, al recurso de contentar al mismo duque Bernardo y á los oficiales otorgándoles en feudo los bienes conquistados ó secularizados. Gran sensacion produjo en todas partes el hecho de que Bernardo de Weimar, que era indudablemente el mas inteligente y el mas patriota de los príncipes alemanes que servían en el ejército sueco, consintiera en aceptar de Oxenstierna como feudo sueco (junio de 1633) el ducado de Franconia formado por las diócesis de Bamberg y Wurzburg, y cuya creacion había proyectado ya Gustavo Adolfo. Se explica perfectamente que en una época como aquella, en que los cambios violentos de posesion constituían en los principados alemanes un fenómeno muy frecuente, un príncipe joven, sin bienes y lleno de noble ambicion, que esperaba por aquel medio conseguir la posibilidad de una política nacional en gran escala, procurara poseer un principado propio. Es mas, la idea de lograr ese objeto mediante una amplia secularizacion de bienes eclesiásticos estaba en el ambiente de aquellos tiempos y la vemos reaparecer siempre en todas las negociaciones de paz, hasta la de Westfalia. Pero lo grave del asunto en aquel caso especial era que Bernardo recibiera ese principado de manos de una potencia extranjera y se convirtiera por este hecho, en toda la extension de la palabra, en vasallo de Suecia, nacion á la cual, si se extinguía su familia, debía ir á parar como feudo vacante el principado que le había sido concedido. Lo mismo sucedía con los demás oficiales: todos ellos recibieron en forma de feudos de la corona sueca los bienes que se les cedieron en pago de los atrasos que acreditaban.

Inmediatamente despues de haber tomado posesion de su nuevo ducado, Bernardo volvió á pensar en su proyecto de operar una diversion contra Bohemia, para lo cual le daba pié la demanda de auxilio que le dirigían desde Sajonia, en donde un numeroso cuerpo de ejército imperial al mando de Holck había invadido y devastado el territorio de Meissen. Avanzaba, en su consecuencia, Bernardo por Hof y Kulmbach, cuando recibió la noticia de que los sajones ha-

bían firmado un armisticio con Wallenstein (agosto). A pesar de esto, no pensaba desistir de su proyectada empresa contra Holck, con tanta menos razon cuanto que la conducta de su primo albertino le tenía profundamente indignado; pero Oxenstierna insistía cada vez con mas empeño en que Bernardo regresara á la Alemania meridional para reanudar allí, unido con Horn, la lucha contra Aldringer.

Sin embargo, en aquellos territorios habían ocurrido, durante su permanencia en el Rhin y en el Mein, sucesos importantes que habían modificado esencialmente la situación general de las cosas.

El curso de las operaciones militares durante la primavera y el verano de 1633 no había sido desfavorable para



Bernardo de Weimar. Facsímile reducido del grabado de Guillermo Hondius (nacido en 1600)

Suecia y sus aliados. Para el emperador y para la casa toda de Habsburgo tenía sobre todo gravísima trascendencia el hecho de que toda la línea del Rhin estuviera casi por completo en poder de la coalición antihabsburguesa formada por Suecia, Francia y Holanda. Los suecos se habían apoderado de los territorios del Alto Rhin, incluso de Hagenau, Philipsburg y Brisach; en el Palatinado, el conde palatino Cristian de Birkenfeld se había apoderado de Heidelberg y había derrotado en agosto en Pfaffenhofen al duque de Lorena, aliado del emperador. En el Bajo Rhin los holandeses, en su guerra contra España, se habían hecho dueños de la plaza fuerte de Rheinfelden, perteneciente al ducado de Cleves. La victoria que el ejército bajo alemán, mandado por el duque Jorge de Luneburgo, había obtenido sobre el general imperial Gronsfeld en Hessig Oldendorf el día 8 de julio ha-

bia dejado sentir también sus efectos en Holanda. Si además de esto se tiene en cuenta que el avance de Bernardo y de Horn sobre Baviera constituía una amenaza para los pasos de los Alpes tiroleses, se comprenderá cuán en peligro se encontraba especialmente España de perder por completo las comunicaciones á costa de tantos sacrificios conquistadas entre sus posesiones de Italia y de los Países Bajos. Por esta razón había concebido Felipe IV en la primavera de 1633 la idea de dar á su gobernador en Milan, el duque de Feria, la órden de levantar en Alsacia un ejército que hiciera la guerra en la Alta Alemania, independiente de Wallenstein, y aun expresó el deseo de que á las órdenes de Feria se pusiera el cuerpo de ejército imperial que mandaba Aldringer. Pero estos proyectos eran contrarios, como sabemos, al convenio firmado por Wallenstein, quien protestó

enérgicamente contra la presencia del duque de Feria en Alemania no solo por este motivo, sino tambien porque con ella se desbarataba por completo su pensamiento fundamental, que era dirigirse, despues de terminada la guerra de Silesia, al Imperio y lograr allí tambien una victoria decisiva. Sin embargo, el partido enemigo de Wallenstein, que trabajaba entonces muy activamente, unido al embajador español Castañeda, consiguió que Fernando, ya que no accediera á la peticion de que Aldringer se pusiera á las órdenes de Feria, permitiera por lo menos la expedicion de este á Alemania, hecho que, como veremos, contribuyó poderosamente á agravar el conflicto entre el emperador y su general.

Esta expedicion que Feria realizó en setiembre, pasando por Klausen y Fussen, fué de importancia tanto mas funesta para la situacion del ejército sueco en el Sur de Alemania, cuanto que Horn, durante la ausencia de Bernardo, se habia separado con sus 6 000 hombres del grueso del ejército, que por consecuencia de esto se quedó sin jefe, para emprender el sitio de Constanza que en aquellas circunstancias á nada conducia. Por esto Bernardo, á su regreso, no pudo impedir la union de Feria con Aldringer, que entretanto habia recibido permiso para unirse á él, ni evitar que los dos ejércitos unidos hicieran levantar los sitios de Constanza y de Brisach. A duras penas logró restablecer sus comunicaciones con Horn. Despues de este proceder arbitrario de Horn no habia que pensar en una accion comun de este y Bernardo; por el contrario, este último recibió de Oxenstierna autorizacion para obrar con entera independendencia y entonces se acogió otra vez á su antiguo proyecto de conquistar la vieja ciudad imperial de Ratisbona. Aunque las circunstancias parecian serle enteramente desfavorables, el éxito coronó el atrevido plan de Bernardo. En efecto, mientras Aldringer y Feria permanecian delante de Brisach y mientras Wallenstein estaba nuevamente persuadido de que Bernardo se proponia invadir á Bohemia, éste se presentaba de repente ante los muros de Ratisbona y se apoderaba de tan importante ciudad despues de solo diez dias de sitio. Toda la Alemania protestante regocijóse de este atrevido golpe de mano y comenzó á ver en Bernardo de Weimar al digno sucesor de Gustavo Adolfo.

Esta gran victoria de las armas suecas, que les abria el camino de los territorios hereditarios austriacos, hubo de ser funesta, en el verdadero sentido de la palabra, para el hombre que con su pasividad habia sido causa de pérdida tan desastrosa para los imperiales: para Wallenstein.

LA CATÁSTROFE DE WALLENSTEIN

Despues de la batalla de Lutzen, Wallenstein habia conducido su ejército, que á consecuencia de los terribles esfuerzos hechos y de las sangrientas batallas empeñadas habia sufrido extraordinariamente, á Bohemia, completamente empobrecida por tantas luchas, estableciendo allí sus cuarteles de invierno. Que no cabe censurarle por haber tomado tal determinacion demuéstralo la memoria que en 20 de diciembre de 1632 dirigió desde Praga al embajador imperial, Questenberg, que se encontraba en Viena, y en la cual se decia: «La campaña de este año ha sido larga y la soldadesca ha sufrido las consecuencias del pésimo servicio de provisiones y por ende se ha encontrado mal preparada para los dos últimos combates: en la última batalla, amigos y enemigos le han arrebatado el *bagaglio*, que constituye toda la subsistencia del soldado.» Por esta razon resolvió el general dedicar el invierno á la guerra diplomática, entablado nuevas negociaciones con el enemigo, especialmente con el elector de Sajonia, á quien despues de la muerte de Gustavo

Adolfo esperaba poder atraer á su lado, y reanudar en vano la lucha con todo vigor. En este sentido escribió Wallenstein á la corte de Viena, y en este sentido habló tambien al conde de Wartensleben, á quien el rey de Dinamarca habia enviado á aquella capital como negociador de la paz y que de regreso de ella se detuvo en el campamento que el general tenia en Praga. Wallenstein le dijo que se sentia viejo, muy enfermo y por ende muy necesitado de tranquilidad, y que aun cuando nunca habia estado tan bien preparado como entonces para la guerra, nunca tampoco habia experimentado mayor ansia de firmar la paz.

Pero por de pronto era preciso poner al ejército en condiciones de llenar los huecos que en sus filas habia dejado la guerra; así es que de nuevo redoblaron los tambores de alistamiento del duque de Friedlandia y de nuevo acudieron grandes masas de guerreros á cobijarse bajo aquellas banderas de ellos bien conocidas. Wallenstein era en su campamento un verdadero príncipe; á pesar de la disciplina y de la subordinacion que sabia mantener en el ejército, sus soldados le idolatraban, porque con él ningun mérito, ningun acto de valor quedaban sin la debida recompensa, merced á lo que muchos eran los que desde las posiciones mas humildes se habian encumbrado á los mas altos y honrosos puestos. Wallenstein, en medio del estrépito del campamento y de la pompa régia de su corte, gustaba de retirarse donde nadie llegara hasta él, pero en los momentos oportunos sabia alternar personalmente con los soldados, los cuales casi mas que con todas las recompensas materiales, que no escaseaba á los que las merecian, sentíanse halagados cuando el general recorria el campamento hablando amigablemente con unos, dando golpecitos en los hombros de otros y ensalzando su comportamiento. Del mismo modo que á los soldados sabia cautivar á los oficiales de cualquiera graduacion que fuesen, los cuales éranle mas incondicionalmente adictos, si cabe, que las mismas clases de tropa. Los coronales, á quienes se dejaba reclutar los regimientos por su propia cuenta, se entendian en todo cuanto se referia á los anticipos que para ello hacian y al pago de las soldadas, no con la corte de Viena, que casi nunca tenia dinero para el ejército, sino con el general, de cuya liberalidad dependia su existencia material. ¡A cuantos de ellos habia Wallenstein satisfecho las deudas y asegurado su situacion pecuniaria! De aquí que muchos de ellos sintieran hácia él una adhesion incondicional, y eso que Wallenstein se mantenía, aun respecto de los que mas cerca de él estaban, en una reserva y un aislamiento que le presentaban muchas veces á los ojos de sus mas íntimos como un enigma siniestro é indescifrable. El soldado, á pesar del amor y de la veneracion que por su general sentia, no acababa de comprender su carácter y modo de ser. Su aspecto extraordinario, tan fuera de lo comun y tradicional, tenia algo de misterioso, de casi lúgubre, y los soldados contemplaban con un sentimiento mezcla de respeto y de recelosa admiracion á aquel hombre sério y silencioso que recorria el campamento, envuelto en su capa de color de escarlata y ostentando en su sombrero la encarnada pluma. Contábanse los mas extraños episodios de su vida llena de extravagancias; decíase que tenia pacto hecho con misteriosas potencias y que leía en los astros su destino y el de los demás, y con miedo y curiosidad á la vez eran mirados los astrólogos con quienes estaba el príncipe en contínuo trato. La sencillez y la sobriedad con que personalmente vivia aquel caudillo, á quien rodeaba un lujo de príncipe, causaban general asombro: queria que su mesa estuviera abundantemente provista de los manjares mas exquisitos y que sus convidados fuesen obsequiados espléndidamente, pero él no probaba de la mayoría de los platos que

se servian. Wallenstein creía que el lujo y la liberalidad eran exigencias necesarias de su posicion como general y príncipe soberano; pero del mismo modo que cuidaba solícitamente de sus soldados y se mostraba siempre generoso con ellos, exigiales la mas absoluta é incondicional subordinacion y una obediencia ciega á sus mandatos. ¡Ay de aquel que en este punto no cumpliera! Cuando esto sucedia, mon-

taba de tal manera en cólera que él mismo no se conocia y perdía por completo el dominio sobre sí, que casi nunca le abandonaba. En estas ocasiones, sus íntimos decian que tenia mal humor y todos evitaban acercársele, porque lo que mas necesitaba entonces era reposo. El mismo conocia el estado en que se ponía y procuraba evitar todo aquello que pudiera conducirle á tal situacion.



HIC EST IOANNES DE WERTH VIR CVIVS VIRTVS
NVLLOS TITVLOS AMBIT. OMNES MERETVR. MAR.
TI MILES. HOSTI TERROR. EXEMPLVM MAGNIS DVCIBVS.

*Pulchrior est miles duro in Certamine cæsus,
Quàm Salvus, Voluit qui dare lerga fugæ.*

Pandus Furst Excudit. N. 1637.

El general Juan de Werth. Facsimile reducido de un grabado, 1637, de Pablo Furst

Tambien en el campamento era no solo general, sino hombre de Estado y príncipe soberano, y aun en medio de los desórdenes de la guerra encontraba tiempo y ocasion de ocuparse detalladamente de su principado de Friedlandia, pues siempre se consideró no solo como general, sino ante todo como príncipe soberano cuyos servicios al emperador eran transitorios, y constantemente pensaba en aumentar la importancia de su capital Gitschin y en atender al bienestar material y moral de sus súbditos. Quería hacer al principado de Friedlandia independiente de Bohemia bajo todos conceptos, y aun llegó á pensar seriamente en la fundacion de una universidad en el mismo.

Su mente acariciaba los planes políticos mas atrevidos y mas vastos y no pensaba ser, ni como general ni como político, simple instrumento del emperador. Por esto, al volver á aceptar el generalato, se habia reservado con buen fundamento una posicion independiente en ambos sentidos.

¿Qué seria si esa política suya resultaba ser directamente opuesta á la del emperador? En este caso el general debia ceder ó obligar al soberano á adherirse á sus tendencias políticas, y esto último entrañaba el peligro que era consecuencia de haber conferido tan plenos poderes á un hombre extraordinariamente ambicioso y no acostumbrado á la obediencia. En realidad existía un contrasentido en la situacion